

RESEÑA DE LIBROS

ELIZABETH FARNSWORTH, RICHARD FEINBERG y ERIC LEENSON (del NACLA), *Chile: El bloqueo invisible*, Buenos Aires, Ediciones Periferia, Colección Estados Unidos y América Latina, 1973.

En 1966, y como consecuencia de la intervención norteamericana en la República Dominicana un año antes, surge el North American Congress on Latin America (NACLA), a iniciativa de un grupo de profesores, estudiantes, periodistas y activistas norteamericanos. Semejante en algunos aspectos a un grupo de presión —en los términos de la cultura política de Estados Unidos—, el NACLA funciona más bien como una institución de investigación, cuyo centro de interés está localizado en los mecanismos a través de los cuales los Estados Unidos ejercen su papel de polo hegemónico en las sociedades subdesarrolladas dependientes de América Latina.

El presente libro corresponde a un trabajo incluido en el número de enero de 1973 del *Latin American & Empire Report*, publicación del propio NACLA.

La obra, escrita en un estilo accesible para quienes no están familiarizados con el —casi siempre críptico— lenguaje de los problemas financieros internacionales, se inicia con una descripción del proceso económico chileno de la posguerra, cuyo resultado más notable ha sido la profundización del carácter dependiente de la sociedad chilena, así como su integración cada día más orgánica al mecanismo financiero del sistema capitalista, con los Estados Unidos como su eje dominante.

Esto ha sido posible gracias a la acción confluyente de tres factores, cuyo desarrollo en el tiempo se ha visto interconectado y mutuamente reforzado: la política de industrialización sustitutiva de importaciones, las inversiones extranjeras —norteamericanas principalmente—, y la afluencia de préstamos provenientes de Estados Unidos. La economía, la política y la correlación de fuerzas sociales chilenas se vieron considerablemente modificadas como consecuencia de la actuación de estos procesos.

Desde la crisis de 1955 y hasta el triunfo de la Unidad Popular en 1970, los diferentes gobiernos norteamericanos sostuvieron líneas de po-

lítica distintas hacia Chile: en el período 1956-1961, lograron que el gobierno chileno adoptara un programa de austeridad, de acuerdo a las recomendaciones más ortodoxas del Fondo Monetario Internacional, a cambio de lo cual le fueron suministrados créditos para equilibrar los déficits en la balanza comercial. A partir de 1963, y bajo los auspicios de la Alianza para el Progreso, el gobierno norteamericano otorga a su contraparte chilena créditos en cantidades considerables. Ambas políticas, si bien por caminos diferentes, buscaban un mismo objetivo: brindar estabilidad a la "democracia" chilena, al mismo tiempo que se protegía y fomentaba a la inversión norteamericana en aquel país austral.

Sin embargo, ni una ni otra política lograron dar impulso suficiente al crecimiento económico de Chile; así, de 1955 a 1970, el PNB per cápita creció en sólo 0.7%. En cambio, los vínculos de la economía chilena con respecto a la norteamericana se vieron reforzados, acentuándose aún más la integración de aquélla en la estructura financiera del sistema capitalista. La deuda externa de Chile, por ejemplo, creció de 569 millones de dólares en 1958, a casi 4 000 millones de dólares en 1970, en tanto que el volumen físico de las exportaciones experimentaba un aumento de tan sólo 48.5% en el transcurso de la década de los sesenta. El cobre seguía siendo el principal producto de exportación, lo que hacía muy vulnerable a la economía chilena, pues el precio del metal se determinaba a través de mecanismos sobre los que poco o nada podía incidir la conducta de los regímenes chilenos, a lo que habría de añadirse el hecho de que las decisiones de inversión en relación al metal, estaban en manos de compañías norteamericanas. La entrada de capitales netos, por otra parte, era más bien modesta (en vista del monto considerable que representaban las remesas de utilidades y los pagos por servicio de tecnología), mientras que la inversión extranjera —norteamericana en su mayor parte— se dirigía en forma cada vez más acentuada hacia los renglones de mayor dinamismo, y la importación de maquinaria —mayoritariamente de origen norteamericano— se afirmaba como un rasgo característico de la industrialización subordinada en Chile.

Por lo que toca a los programas de "ayuda" desarrollados por Estados Unidos en Chile, destaca, desde luego, su naturaleza política. De esta manera se explica que en vísperas de las elecciones de 1964, el gobierno norteamericano extendiera al gobierno chileno préstamos por 64 millones de dólares; entre 1960 y 1964, Chile recibió créditos norteamericanos por la suma de 1 300 millones de dólares (140 dólares per cápita), con lo que se comprueba el alto costo de mantener regímenes "amigos" y detener el ascenso de la oposición de izquierda (Allende, en efecto, fue derrotado en las elecciones de 1964) (p. 28).

Junto con los de carácter político, la "ayuda" norteamericana a Chile —al igual que a otros países subdesarrollados— cumplía con otros objetivos: fomentar las exportaciones de los productores norteamericanos (entre 1964 y 1970, el Eximbank otorgó a Chile créditos por valor de

268.8 millones de dólares), fomentar la creación de infraestructura adecuada para un eficaz desarrollo de la inversión privada —nacional y extranjera—, y alentar el surgimiento de actitudes favorables a los capitales del exterior.

Los programas de asistencia de origen norteamericano, dieron como resultado una profunda distorsión del aparato productivo y la estructura social chilenas.

Ayudaron a crear una pequeña burguesía numerosa cuyos niveles de consumo eran irreales, y dependían de préstamos cada vez mayores. En connivencia con el gobierno, los organismos financieros internacionales participaron cada vez más en el proceso de toma de decisiones y estrecharon los lazos entre el estado chileno y los beneficiarios finales de los préstamos, los capitalistas nacionales y extranjeros. La economía chilena se orientó a satisfacer las necesidades de la inversión privada, especialmente de la inversión norteamericana; estas necesidades coincidían generalmente con las de la clase alta chilena, interesada en imitar las pautas de consumo norteamericanas (p. 35).

La economía chilena al momento del triunfo de la Unidad Popular se hallaba en un estado de estancamiento, enfrentando una cuantiosa deuda externa y profundamente integrada al orden capitalista mundial. El funcionamiento de la economía chilena se encontraba determinado, radicalmente, por su inserción dentro de una estructura rígidamente establecida, cuyo alto grado de interdependencia no excluía, sino por el contrario, exigía, la presencia de relaciones de dominación-subordinación.

El programa que llevó Allende a su gobierno se proponía transformar esta situación. Sin embargo, la economía chilena continuaba necesitando dólares para comprar la maquinaria y los repuestos indispensables para hacer funcionar sus fábricas, para comprar los alimentos que demandaba la población (muchos de los cuales tan sólo eran ofrecidos en cantidades suficientes por los Estados Unidos), así como para adquirir los fertilizantes y productos petroquímicos difíciles de obtener en otras fuentes distintas a la que tradicionalmente abastecían al mercado chileno: Estados Unidos. En síntesis, el gobierno de Allende debía llevar adelante su proyecto de cambio a partir de una economía ejemplarmente dispuesta para ser bloqueada.

La política norteamericana hacia Chile bajo el régimen de la Unidad Popular se veía decisivamente influida por dos hechos: 1) la pérdida de competitividad de la economía norteamericana frente a las economías europea y japonesa, y 2) la composición del equipo de asesores y funcionarios de la administración Nixon, íntimamente vinculados con los intereses de las compañías transnacionales y los organismos financieros

internacionales, en los cuales el voto norteamericano tenía un peso definitivo.

El año de 1970 marca un momento culminante de la difícil situación por la que venía atravesando la economía norteamericana desde hacía algún tiempo. La inflación se mostraba incontrolable, la tasa de desempleo alcanzaba índices elevados, las reservas de oro no dejaban de disminuir, la participación norteamericana en el comercio mundial declinaba y, por primera ocasión en casi cien años, la balanza comercial arrojaba un saldo negativo. Mientras esto acontecía con la economía de los Estados Unidos, los países de Europa occidental y el Japón se ofrecían como ejemplos de avasalladora prosperidad: altos índices de crecimiento industrial, creciente participación en los intercambios internacionales, auge de sus inversiones en el exterior, etc. La "agresividad" de la competencia europea y japonesa, habría de agudizar la sensibilidad norteamericana ante el programa de la Unidad Popular chilena, que contemplaba la nacionalización de cuantiosos intereses de propiedad norteamericana.

La "Nueva Política Económica", establecida por el gobierno de Nixon para hacer frente a la situación desventajosa de la economía, llevaba implícita la necesidad de ejercer una presión mayor sobre los gobiernos extranjeros —y en particular en el mundo subdesarrollado— tendiente a asegurar los intereses de los inversionistas norteamericanos, más que nunca enfrentados a la necesidad de reforzar su posición ante el avance de los capitales europeos y nipones.

Tanto los empresarios como el gobierno norteamericanos sabían de la necesidad que Chile tenía de contar con cantidades suficientes de dólares. Asimismo, estaban advertidos de las dificultades a que se enfrentaría el régimen de Allende para tener acceso a estas divisas, en vista de la baja continua en el precio del cobre, con lo que mayores préstamos se harían necesarios, a menos que el gobierno chileno decidiera acudir a sus reservas para no interrumpir el flujo de importaciones que la sociedad chilena demandaba. Bloqueadas las fuentes crediticias, las arcas chilenas sufrirían un drenaje total que provocaría reducciones crecientes en las compras al exterior. La escasez resultante en los circuitos económicos alejaría a los sectores medios del régimen allendista, originándose una crisis política que, calculaban los círculos empresariales y políticos norteamericanos, obligaría a los militares chilenos a intervenir.

La estrategia a seguir con relación al gobierno de la Unidad Popular determinó que, en el interior de la administración Nixon, el Departamento del Tesoro se impusiera al de Estado en cuanto a la conducción de la política norteamericana hacia Chile. Este hecho habría de tener consecuencias decisivas para el régimen de Allende, pues las tácticas más "duras" del Departamento del Tesoro (cuyos funcionarios claves provenían de las empresas transnacionales y los organismos multi y bilaterales de "ayuda"), acabarían por sobreponerse a las preconizadas por el Departamento de Estado, si bien no distintas en cuanto a su objetivo último (pre-

servar los intereses norteamericanos en el exterior), sí al menos más "blandas" y sutiles.

Una vez sentadas estas premisas que configuran la realidad a la que tuvo que hacer frente el gobierno presidido por Allende, la obra pasa a describir la forma en que el "bloqueo" se desarrolló.

El "cerco", que se iría estrechando en torno a la economía chilena a partir de 1970, disponía de una base de partida particularmente propicia. La industrialización en Chile, como se ha señalado líneas arriba, estuvo sujeta a un proceso sustitutivo de importaciones que provenían del mercado norteamericano, y que ingresaban a la economía chilena mediante un flujo continuo de créditos de igual origen. Desde el final de la segunda guerra mundial, Estados Unidos ha suministrado a Chile el 40% de las importaciones realizadas por este país y, en la categoría de bienes de capital, las compras al país del Norte alcanzaban el 65% del total. Para hacer posibles estas importaciones, a Chile le fueron suministrados préstamos por parte de los mismos proveedores, por bancos privados e instituciones como el Banco Interamericano de Desarrollo, el Eximbank y el Banco Mundial. Para 1970, el 78.4% de los créditos comerciales de corto plazo con los que contaba Chile, tenían su origen en los proveedores y en los bancos de Estados Unidos.

Una vez en el gobierno, la Unidad Popular se vio sometida a un bloqueo de todas las fuentes oficiales de capital en Estados Unidos, acción que sería imitada casi de inmediato por las entidades privadas (proveedores y bancos). El gobierno de Allende seguramente no esperaba este bloqueo repentino de los créditos a corto plazo, vitales para las operaciones comerciales. Además, la falta de acceso a los préstamos a largo plazo significaba un trastorno profundo de una economía hasta entonces estrechamente conectada a este tipo de fondos. Las dificultades se verían agravadas al no llegar los créditos europeos, japoneses y los originarios de los países socialistas, con los que Allende esperaba contrarrestar la detención de los capitales norteamericanos.

Con la Unidad Popular instalada en el gobierno, Chile había dejado de ser un cliente solvente, si bien esta solvencia era el resultado del apoyo norteamericano. El régimen de Nixon no se vio en la necesidad de efectuar un bloqueo declarado y formal; le bastó con retirar su aval a la economía chilena y los demás capitalistas "huyeron de una casa que se derrumbaba". (p. 67).

La fuga de capitales y la no llegada de otros nuevos, tuvo un efecto sumamente adverso para la economía chilena. La cuenta corriente de su balanza de pagos, tradicionalmente deficitaria, dejó de contar con el elemento compensador de una cuenta de capital positiva (flujo neto de dólares provenientes de los préstamos e inversiones).

Por su parte, el Eximbank informó en agosto de 1971 que Chile no recibiría más préstamos de esta institución en tanto no resolviera el problema de la compensación a las empresas mineras nacionalizadas. La Agen-

cia Internacional para el Desarrollo, dependiente del Departamento de Estado, suspendió igualmente sus créditos con destino a Chile, con la excepción de los de carácter técnico que, junto con los programas de asistencia militar, eran vistos como favorables a los intereses de Estados Unidos.

El Banco Interamericano de Desarrollo y el Banco Mundial entregaron al gobierno de Allende créditos previamente contratados, pero no otorgaron otros nuevos, no obstante que el régimen chileno de la Unidad Popular siguió amortizando los préstamos anteriores.

Al bloqueo de créditos se vinieron a sumar otras medidas de efectos igualmente perturbadores y que ayudaron a minar a la economía chilena. En primer lugar, cabe mencionar la posición intransigente de los delegados norteamericanos a la renegociación de la deuda externa de Chile, y que se efectuó en París. En segundo término, se señala el embargo de las cuentas y depósitos chilenos en Nueva York, lo que fue logrado a través de la presión ejercida por las compañías cupríferas Kennecott y Anaconda. En tercer lugar, destaca la acción de la primera de estas empresas en Europa, en donde obtuvo la retención temporal de los pagos hechos a Chile por los compradores europeos de cobre.

Desde luego que la obra no deja de consignar los esfuerzos desplegados por el régimen de la Unidad Popular para encontrar fuentes alternativas de crédito y productos para el normal funcionamiento de la economía. Sin embargo, los éxitos obtenidos en este terreno fueron dramáticamente modestos. Los lazos de la sociedad chilena con el sistema capitalista y, particularmente, con la economía de Estados Unidos, eran demasiado íntimos... y extremadamente difíciles de cortar.

Conscientes de las características de la "vía chilena al socialismo", quienes tuvieron a su cargo el diseño de la estrategia norteamericana hacia Chile sabían que el "bloqueo" —por cierto no tan invisible, como se ha visto—, acabaría por debilitar la base social de apoyo al régimen de Allende. Esta presunción es expuesta acertadamente en estos términos:

El bloqueo económico haría difícil mantener el crecimiento económico del país, la escasez de dólares asustaría a los miembros de la clase media que en el pasado consumían la mayoría de los productos importados. Un bloqueo financiero invisible pero efectivo haría que el gobierno de la UP pareciera irresponsable, incapaz de servir a los intereses del pueblo. Si el bloqueo por el dólar podía impedir que la UP construyera la base política que necesitaba, le impediría también aplicar su programa. Si no, se vería forzada a colocarse al margen de la Constitución, lo que movería a los militares a intervenir... (p. 98).

Los cuellos de botella que se presentaron en el funcionamiento de la economía chilena eran, en gran medida, resultado de las drásticas reducciones en las importaciones de origen norteamericano. La escasez y el

surgimiento de un vasto mercado negro eran el corolario natural de esta situación. La consecuencia política de mayor significación derivada de esta insuficiencia en la oferta de ciertos bienes fue la insatisfacción de los sectores medios de la sociedad chilena, quienes se vieron imposibilitados de continuar con sus hábitos de consumo, al mismo tiempo que resentían un proceso de paulatina proletarización, a causa de la incorporación a nuevos niveles de consumo de grupos hasta entonces marginados o con escaso poder de compra.

En la sección dedicada a analizar este fenómeno, la obra que nos ocupa arroja una luz por demás esclarecedora en lo relativo a la forma como los sectores medios se fueron distanciando del régimen de la Unidad Popular. Este alejamiento, continuamente imputado a los errores del gobierno allendista, se descubre aquí directamente relacionado con los efectos del "bloqueo invisible" a que fue sometido el intento de cambio comúnmente denominado "vía chilena al socialismo".

Por más de una razón, la obra que aquí se ha reseñado ofrece un material valioso y de innegable actualidad. Ampliamente documentado y presentado en un estilo directo y de fácil lectura, el libro es una invitación a la reflexión a propósito de los obstáculos que ha de salvar todo proyecto de cambio revolucionario en sociedades capitalistas, periféricas, subdesarrolladas y dependientes, como es el caso de las latinoamericanas.

Si bien este trabajo del NACLA puede provocar algunas reservas en cuanto parece a primera vista, una "denuncia contra el imperialismo norteamericano" desde las posiciones de un "liberalismo de mala conciencia" estilo norteamericano, una evaluación más objetiva y debidamente ponderada, lleva a concluir que lo que aparentemente se nos presenta como una visión maniquea de la realidad, no es tal. Las revelaciones surgidas en el Congreso norteamericano a un año del derrocamiento, han venido a recordar que la CIA es algo más que una sigla.

SAMUEL BERKSTEIN K.

DAVID C. BAILEY, *¡Viva Cristo Rey!, The Cristero Rebellion and the Church-State Conflict in Mexico*, Austin, Tex., University of Texas Press, 1974, 346 pp.

El tema de la rebelión cristera (1926-1929) ha sido abordado en numerosos escritos, pero muy pocos de ellos han tenido un carácter académico. Hasta hace poco este movimiento había sido visto por unos como un episodio más en la larga lucha entre el antiméxico eclesiástico y las fuerzas progresistas que a partir de la Independencia han tratado de afirmar la nacionalidad mexicana a la vez que transformar las estructuras coloniales en beneficio de una mayoría tradicionalmente marginada y superexplotada. La otra cara de la moneda se encuentra en los tra-